

Teme la soledad, teme el desamparo. Cuando abandones el dulce amrismo de una fe, cortas la amarra que mantenía tu nave sujeta a lo seguro de la costa, y te aventuras en el mar - incierto y sin límites . Contigo van tres cuervos...

Cuentan las crónicas del descubrimiento de Islandia que, partiendo unos navegantes de Noruega a explorar el piélagos que avanza, al Norte, hacia los hielos eternos, llevaron tres de aquellas aves fatídicas consigo. Aún no había brújula entonces. Llegados a alta mar, los navegantes soltaron, como medio de determinar su ruta, a los tres cuervos, de los cuales uno volvió en dirección al punto de partida, quedose el otro en el barco y se adelantó el restante con misterioso derrotero. Siguió la nave tras el último; y rasgado el secreto de las brumas boreales, la tierra nueva no tardó en destacarse de la confusa lejanía, También contigo van tres cuervos--sigue diciendo la voz--cuando, sin brújula, te pierdes, mar adentro, en el punto desde cuya soledad no se divisa tierra firme de fe. Quizá vas hacia donde te guía el cuervo aventurado, y arribas, por fin, a nueva costa. Quizá temes lo no sabido de este rumbo, y ledjas, para seguir al cuervo cauto que te devuelve, al punto que te vio partir. Pero ¡ay! quizás también, sin acertar a ponerte en ninguno de los rumbos contrarios, permaneces en angustiosa incertidumbre, junto al cuervo que ha quedado contigo con fidelidad aciaga y sarcástica. ¿Sacrificarás tu fe a una esperanza aleatoria? El mar por donde se arriesgan los que dudan está lleno de naves inmóviles y errantes, sobre cuyo mástil más alto domina, como grimpola negra, un triste cuervo, posado en desolante quietud.